



UN DÍA O 1440 MINUTOS

VII PREMI D'IGUALTAT DE LA FACULTAT D'ECONOMIA



24 DE FEBRERO DE 2020

Sábado 13 de febrero, 8:30 de la mañana

Aquella mañana de febrero el viento zarandeaba los cristales y los empujaba haciéndolos sonar. Unos tímidos rayos de sol se colaban entre los huecos de aquella persiana de oficina. Las luces del techo llenaban el silencio con un molesto zumbido para quien solo deseaba paz. Por la ventana de aquel despacho se podía intuir un día gris en una ciudad abarrotada. Los pitidos parecían haber reemplazado al pío de las aves que algún día habitaron aquel valle. Pilar contemplaba este horizonte prácticamente nublado en un desesperado intento de apartar la vista de su aún más gris presente. Envidiaba a las cuatro palomas que todavía habitaban aquel cielo contaminado por el tráfico. Ellas eran libres, o eso le pareció a ella en aquel momento. El sonido de la puerta abriéndose sacó a la mujer de su trance y la devolvió a la realidad como un jarro de agua fría al ver la figura de aquel policía entrar con un café en la mano.

-Buenos días, señora. Soy el agente Gonzalo Pavía. Sé que estará pasando usted por un momento complicado, pero necesitamos hacerle unas preguntas para poder seguir avanzando en la investigación. Tenga, le he traído un café -dijo Gonzalo mientras le entregaba el vaso.

-Muchas gracias, agente -respondió Pilar mientras se enjugaba las lágrimas.

-Bueno, comencemos, que cada segundo cuenta. ¿Podría usted hacer memoria de la mañana de ayer?

-Claro: Me levanté a las 6:45, me fui a hacer el desayuno de mi hija mientras acababa de recoger la cena de la noche anterior porque tenía que poner el lavavajillas que, si no, no iba a acabar a tiempo y luego fui a despertar a mi hija para que viniera a desayunar y poder meter su plato y su vaso también en el fregaplatos y así yo ducharme mientras y

aprovechar que mi marido estaba desayunando con Marta para arreglarme y no llegar tarde al colegio, ni a mi trabajo por supuesto, así que cogimos el autobús de las 8:30 para que me diera tiempo así a pasar por la papelería a comprar un par de cosas de material escolar de mi hija para que pudiera hacer la manualidad que tenía que entregar el lunes, luego dejé a mi hija en la guardería y cogí otro autobús hacía mi trabajo, y supongo que el tiempo que estuve en la oficina ya no es relevante para ustedes -acabó Pilar.

El reloj de la oficina marcaba las 8:45. Gonzalo bebió un sorbo de su café y volvió a levantar la vista de su libreta para continuar con sus preguntas.

Sábado 13 de febrero, 9:50 de la mañana

A tan solo escasos centímetros de hormigón se encontraba Miguel, que en el despacho contiguo mataba la espera haciendo girar torpemente un lápiz entre sus dedos. Su mirada también se intuía perdida, pero parecía más cuerda que la de su mujer, a la que oía al otro lado de la pared, aunque sin llegar a entender nada. La falta de sueño caía como un plomo sobre sus párpados y los hacía titubear. Finalmente, Miguel escuchó una puerta cerrarse e inmediatamente la suya se abrió. El robusto brazo del agente agarró el respaldo de la silla y se acomodó.

-Buenos días, Miguel. Mi nombre es Gonzalo. Como sabe, estamos hablando con su mujer por separado para poder garantizar una mayor fiabilidad de la información. Sentimos que tengan que pasar estos momentos tan duros separados, pero, créanme, es por su bien, y por el de su hija.

-Sí, sí, lo comprendo. Bueno, díganme en qué más puedo ayudarles. Ya les he dicho que no sé cómo ha podido pasar.

-Estamos intentando reconstruir el día de ayer para esclarecer un poco lo ocurrido.

¿Podría decirnos qué hizo usted ayer por la mañana?

-El despertador sonó a las 7:15 como todas las mañanas. Me metí en la ducha, me vestí, desayuné mientras leía el periódico y me marché a trabajar a eso de las 8:30

-¿Recuerda usted algo fuera de lo normal aquella mañana? -preguntó el agente.

-No, la verdad.

-¿Y su hija estaba despierta cuando usted abandonó la vivienda? -replicó Gonzalo.

-Sí. Le di un beso antes de irme a trabajar -contestó Miguel nuevamente.

-Entiendo entonces que no es usted quien la lleva al colegio -replicó el agente.

-No, de eso se encarga mi mujer.

Gonzalo se levantó de su silla y agradeció a Miguel su colaboración. Ya eran las 10 de la mañana y necesitaba tomarse un café, como mínimo. Bajó a la cafetería y se sentó a degustar un croissant para acompañar aquella tan deseada bebida caliente en la que no podía dejar de pensar desde que su busca había sonado horas atrás. Cuando casi no quedaba café, Julia apareció con sorprendente energía para ser la hora que era.

-Espero que traigas información, Julia. Necesito buenas noticias, que menuda mañanita llevamos...

-Así es, he estado hablando con tráfico y nos han enviado las grabaciones de las calles colindantes a la residencia de los Murillo. Tengo a dos técnicos estudiándolas a fondo. En cuanto encuentren algo, te lo haré saber.

-Muchas gracias, Julia.

-De nada.

Julia se levantó de la mesa, pero la voz de Miguel la detuvo en seco.

-Oye, que se me olvidaba. ¿Cómo está tu suegra? Estuve hablando el otro día con tu marido y me dijo que se había roto una vértebra.

-Pues ya te lo imaginas, está viviendo con nosotros una temporada. Hoy saldré antes del trabajo, que no se puede quedar sola y tú y mi marido acabaréis tarde con el caso este.

-Bueno, ánimo entonces. Mantenme informado si hay algún progreso con esas grabaciones.

Gonzalo se limpió el bigote con una servilleta y se levantó dejando caer un ahogado suspiro de cansancio y pereza. Volvió a subir las escaleras para continuar con la reconstrucción de los hechos. Abrió la puerta del despacho en el que se encontraba Miguel, al cual había dejado descansar un rato por su aparente fatiga y se dispuso a continuar el interrogatorio cuando su caro reloj bañado en oro marcaba las 10:30.

Sábado 13 de febrero, 8:45 de la mañana

-Pues a la hora de comer aproveché para ir a ver a mi madre -prosiguió Pilar-, que está desde hace unos meses en una residencia, comí con ella y luego cogí el autobús para volver a trabajar, porque si no, no me iba a dar tiempo a acabar los informes antes de las 6 y claro a esa hora salía Marta de la escuela, y ese día la abuela no podía ir a por ella porque estaba en el dentista y alguien tenía que recogerla y llevarla a inglés a las 6:15, mientras ella estaba allí, aproveché para hacer la compra para tener algo para poder cenar y sobre todo para poder guisar para el fin de semana, ya que iba a irme a un curso a Barcelona y tenía que dejar alguna cosa preparada.

-Y cuando acabó el inglés, ¿volvieron las dos a casa? -preguntó el agente sin levantar la vista de su abarrotada libreta.

-Sí, una vez en casa, ella se metió en su habitación a hacer algunos deberes y yo aproveché para hacer un poco de gimnasia en el comedor mientras acababa la lavadora, luego mi hija y yo tendimos mientras escuchábamos algo de música, se reía tanto al verme bailar...

Súbitamente, la madre miró al cielo en un intento inútil de contener sus lágrimas, como si la gravedad fuera a evitar que brotaran. Gonzalo se conmovió y sujetó su hombro durante unos minutos. Acto seguido, salió del despacho para hablar con Miguel. Quería dejar descansar un poco a Pilar, así que haría las preguntas a Miguel antes de acabar con ella.

Sábado 13 de febrero, 10:30 de la mañana

Gonzalo se lamentaba de tener que hacer los interrogatorios por separado, pues era mucho más costoso y le preocupaba que su dilatación en el tiempo pudiera suponer un problema irreversible para aquella niña. No obstante, convencido de que no había más remedio si querían obtener toda la información necesaria (y con la energía renovada después de aquel croissant), entró en el despacho contiguo a seguir interrogando a aquel escueto hombre de traje que seguía intentando hacer girar torpemente un lápiz entre sus dedos.

-Miguel, le he traído un café a usted también. Si necesita algo de comida, pídaselo a mi secretaria, que ya va siendo la hora de almorzar y supongo que no habrá desayunado -dijo Gonzalo.

-Muchas gracias, agente. Tengo el estómago cerrado. ¿Quiere que siga por donde lo habíamos dejado?

-Sí, por favor. Continúe -sugirió Pavía mientras abría de nuevo su libreta.

-Pues en el trabajo todo normal, estuve hasta las 2 y luego paré a comer un rato. Luego seguí hasta las 8 y me marché a casa.

-¿Eso es todo? ¿Sucedió algo relevante que quiera destacar?

Miguel guardó unos segundos de silencio para intentar recordar mejor. Pese a que solo habían pasado 24 horas, el ayer ya parecía cosa de un pasado lejano o incluso de un sueño. Su trabajo no era especialmente apasionante, pero a él le gustaba. Aunque ahora eso poco importaba para Miguel. Solo quería despertar de la pesadilla de la que sentía ser el desdichado protagonista.

-No, agente. No volví a ver a mi hija hasta la cena -contestó Miguel.

Los ojos de Miguel parecían cada vez más vidriosos y cansados. Daba la impresión de que un leve soplido bastaría para hacerlos añicos. Gonzalo se incorporó en su silla y se dispuso a indagar más en aquellas últimas horas del día en las que su hija Marta había desaparecido. Las respuestas de Miguel volvieron a ser escuetas y poco elaboradas, como si le cobraran un suplemento por cada sílaba que pronunciaba. Aun así, Gonzalo insistió en que le explicara con más detalle qué había sucedido justo después de la cena.

-Ya le he dicho que nada fuera de lo normal. Cenamos los tres en el comedor y al acabar yo me fui al sofá a ver la tele antes de acostarme. Es un rato que necesito para mí -contestó Miguel mientras pasaba su mano por el poco pelo que le quedaba en la cabeza.

-¿Acostó usted a Marta? -preguntó el policía mientras apuntaba la respuesta que esperaba recibir.

-No, de eso se encarga mi mujer.

Sábado 13 de febrero. 10:45 de la mañana

Ninguno de los frentes de investigación parecía dar frutos. Ni Miguel ni Pilar entendían cómo podía haber desaparecido su hija sin dejar ni rastro. Los resultados de las cámaras de tráfico tampoco mostraban ninguna imagen de Marta, y las declaraciones de los testigos solo habían podido ser clasificadas de irrelevantes a completamente inútiles. Estaba claro que algo tenía que haber pasado. La opción del secuestro cada vez parecía menos probable, y era pronto para atreverse a meter a los padres en la lista de principales sospechosos. Lo único que Gonzalo parecía tener claro era que cada minuto que pasaba, la vida de la niña corría más peligro. Una llamada de su mujer cortó de cuajo sus pensamientos y lo devolvió a su vida, de la que parecía olvidarse cada vez que tenía un caso importante.

Acto seguido, Gonzalo se armó de coraje para volver a entrar al despacho en el que se encontraba un corazón roto y atormentado pegado al cuerpo de una mujer. Las respuestas de Pilar eran cada vez más difíciles de entender debido a los incesantes sollozos y el constante moqueo.

-Por la noche, sí, a ver -comenzó Pilar-, pues me puse a hacer la cena mientras Marta veía un poco la tele, el programa ese que le gusta, no sé si su hija lo verá, bueno el caso que yo estaba en la cocina y también aprovechando para dejar la cocina bastante recogida antes de empezar la cena porque ese día me quería acostar pronto, después cenamos los tres y al acabar mi marido se fue a ver la tele y yo recogí la mesa con un poco de ayuda de mi hija y luego puse el friegaplatos y quité el mantel, que al parecer soy la única que ve mal que se quede puesto.

-Entiendo que, después de todo eso, antes de irse a su habitación fue a acostar a su hija, ¿no? -murmuró el policía.

-Mmm, no. Me acosté muy pronto ayer y le pedí a mi marido que lo hiciera él.

Al agente se le iluminaron los ojos como a un niño cuando ve un caramelo. Se levantó y se fue a su despacho a revisar las declaraciones de los testigos. Aún no podía explicar qué había pasado, pero había encontrado la franja horaria en la que Marta tenía que haber salido de la vivienda. No era un gran avance si se pensaba fríamente, pero en aquel desierto de dudas e incertidumbre, aquella información le pareció un oasis al agente. Gonzalo se bebió el café que tenía encima de la mesa como si de un chupito se tratase y empezó a leer detenidamente aquellas declaraciones de los vecinos de la zona. Después de casi media hora encontró algo que le pareció relevante: una mujer llegó a las 12 de la noche de trabajar y se encontró la luz del rellano encendida y al gato de la anciana con Alzheimer que vivía en el tercero. La vecina dijo que aquello le pareció curioso porque todos los días llegaba a esa hora de trabajar, ya que tenía que cogerse el turno de noche para poder encargarse de cuidar a su madre durante el día, y siempre que volvía las luces estaban apagadas. Parecía poco, pero aquello podía ser algo. Podía haber sido Marta quien encendiera aquellas luces. Y, de ser así, podía significar que aún estaba en la vivienda.

Sábado 13 de febrero. 9:15 de la noche

Gonzalo dejó caer su mochila en el recibidor y fue a la cocina a darle un beso a su mujer y a su hija. La satisfacción de haber cerrado el caso con éxito se dibujaba en su rostro en forma de sonrisa, pero también en su mirada. Había sido un día largo y tenía mucha hambre, así que acogió de buen gusto la invitación de su mujer de sentarse en la mesa para ir empezando a cenar mientras ella acababa de cocinar el segundo plato. Coronó aquella cena con una copa de whisky, como era costumbre cada vez que cerraba un caso importante. Encendió la tele y se reclinó sobre el sofá con una segunda copa, porque, qué

narices, se la había ganado. Su mujer le gritó algo desde la cocina y él contestó con un “vale, cariño”. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que realmente no había escuchado a su mujer. “Luego en la cama preguntaré”, se dijo a sí mismo. El partido estaba realmente emocionante, a falta de dos minutos para el final los dos equipos iban empatados. Gonzalo apuró de un sorbo el fondo del vaso y su mente volvió a aquella pareja con la que había pasado el día. Seguía sin entender cómo Miguel podía haber sido tan descuidado.